



Comer sin entender

«Enseña la fe católica, acorde con las santas escrituras y la tradición perpetua, que Cristo Nuestro Señor instituyó en la última Cena, horas antes de morir, el Sacramento de la Eucaristía, en el cual por virtud y eficacia de las palabras de la consagración que pronunció Él, y dió poder para pronunciar válidamente a sus herederos en el sacerdocio, el pan sobre el cual debidamente se pronuncian se convierte en Cuerpo verdadero de Cristo, y el vino sobre el cual debidamente se pronuncian en su Sangre preciosísima. El pan consagrado no es, pues, ya pan, ni el vino consagrado es ya vino; aunque conservan las apariencias accidentales de color; olor y sabor.» (1)

—Pero ¿cómo puede ser eso?

—El cómo es lo que nadie explicará jamás, porque es un misterio, y los misterios no se explican.

—Entonces no es extraño que yo no acepte lo que nadie puede explicarme.

—Sí que lo es, porque aceptas otros misterios que tampoco explica nadie.

—¿Otros?

—Sí: otros muchos; todo lo que ves está lleno de misterios: «el pan y el vino se convierte cada día en cuerpo y sangre tuyos por el misterio de la digestión sin que tú, ni médico alguno lo pueda explicar,» lo cual no impide que aceptes y comas. «El trigo que ves germinar; la flor que ves trocarse en frutos; el fruto que se trueca en semilla; la semilla que se convierte en planta para volver de nuevo a echar flor; el ala de la mosca; la pata de hormiga; el átomo de polvo,

todo está lleno de misterios que aceptas sin que nadie los explique.» (1)

—Los explican los sabios.

—Te equivocas; los sábios tratan de explicar algunas cosas, pero al ahondar en su ciencia reconocen como cierto hombre célebre que: «Toda ciencia se ve forzada a detenerse ante el misterio y terminar con un acto de fé.» Y tienen razón porque el misterio es como un océano inmenso que lo abarca todo; el cielo, la tierra, la creación entera; de lo que resulta que si solo hubiesémos de aceptar lo que nos explicamos, nos moriríamos con la boca abierta.

—Sin embargo... la ciencia...

—¡Que ciencia, ni que calabazas! Fresco estaba el hombre si tuviese que esperar a que la ciencia le diese de comer.

El hombre vive de lo que no entiende. ¿Oyes a algo mío? fijate bien en lo que digo; el hombre vive de lo que no entiende: El mundo fué hecho sin que él lo entendiera; Dios le trajo al mundo sin entenderlo a él; respira y no entiende el aire; come y no entiende el pan: los árboles le dan sus frutos sin que él se explique cómo; los animales le prestan su auxilio sin que él entienda por qué: centellea la luz para que vean sus ojos; vibra el aire para que oigan sus oídos y no entiende los misterios del sonido ni de la luz: pero sin embargo come, bebe, y vive, y goza, porque el más grande misterio que es Dios, hizo todos estos misterios para él. ¡Pobre

(1) Es posible que algún doctor de secano sonría desdeñosamente al llegar aquí, creyendo que no hemos saludado las ciencias naturales. Quien sin duda no las conoce es el que crea conocerlas demasiado. El más profundo sabio hablará de combinaciones químicas, de fenómenos biológicos pero pregúntesele más a fondo y cerrará la boca.

hormiga humana que levantas las antenas al cielo para averiguar lo que no te importa! ¿que sería de tí si Dios te dijese; «Hormiga sabia, vive sólo de lo que has averiguado.»

—Reconozco que esto es verdad; pero es que los misterios de la religión son más oscuros que los de la naturaleza, y por eso cuesta más aceptarlos.

—Te equivocas: unos y otros son abismos igualmente tenebrosos y de ellos el hombre saca a oscuras el agua de la vida: pero mientras de los primeros la saca de balde, de los segundos no, y ahí está el *quid*.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Te lo explicaré con una anécdota.

En cierta ocasión un ciego, sordo, cojo y medio tonto llegó a casa de un médico y empezó diciéndole:—Doctor ¿podía usted curarme la ceguera?—Sí señor, contestó el médico, precisamente poseo un procedimiento pintado para curarlo a usted.—Y ¿me llevará usted mucho de la curación.—Se lo haré gratis.—Pues ya está usted operando.

Operó el médico y a los pocos días el ciego veía la luz.

¡Qué alegría!; qué regocijo.

—Doctor; ¡Dios se lo pague!... Pero diga usted, ¿podría usted curarme también la sordera?—No hay dificultad.—¿Gratis?—Gratis también.—Pues andando va la barca.

Y la barca anduvo y el sordo oyó.

Nueva alegría y nuevo regocijo.—Doctor es usted un ángel; es usted un Santo; hace usted milagros; ahora es cuando creo que no va usted a tener dificultad en curarme también la cojera.—Ninguna.

Efectivamente; el médico aplicó su ciencia y ex-cego y ex sordo anduvo sin dificultad.

Entonces cayendo de rodillas ante

(1) Sardá.

su sabio bienhechor, le colmó de bendiciones y le pidió que coronase la obra de sus favores alargándole la vida y curándole también la tisis.

—Poco a poco amigo—contestó el médico.—también puedo curarle a Vd. la tisis, pero con una condición que servirá de precio; y es, que al tomar la receta, ha de vivir usted de este modo. Y de un golpe le prohibió todos los vicios que habían ocasionado la ruina de su salud.

—Pero diga usted doctor; y es seguro que no fallará la medicina—Segurísimo.—Pero ¿cómo puede ser eso? Yo quisiera que usted me explicase antes—No tengo nada que explicarle: ¿toma usted la medicina o no?—Mire usted doctor: tengo muchas dudas; mejor será dejarlo y viva la gallina aunque viva con su pepita.

He aquí al vivo el cuadro de la incredulidad humana.

El incrédulo acepta todos los misterios que le da la vida: come sin entender; bebe sin entender; respira sin entender; se aplica en sus enfermedades infinitos remedios que él no entiende ni el médico tampoco: más aún, hasta se traga las ruedas de molino de las absurdas supersticiones que en el orden religioso le propinan los enemigos de la religión verdadera, asegurándole bajo su *honrada* palabra que le servirán de pasaporte para la gloria; pero llega Jesucristo Hijo de Dios vivo, y después de probar su divinidad con los más grandes milagros, le dice: «Yo soy el pan vivo que bajó del cielo: qui n come de este pan vivirá eternamente.» «Mi carne es verdadera comida; mi sangre es verdadera bebida.» «Si no comierais la carne del Hijo del hombre y bebiérais su sangre no tendríais vida en vosotros.»

Y el incrédulo se encoge de hombros o cala el tablacho como los niños tercos que se empeñan en no comer lo que les dan.

—Por qué?

—Porque les exigen que antes de comer se limpien la boca.

Este es el secreto que aleja a los incrédulos de la eucaristía, y esta es la causa de su perdición, pues prefieren como el físico del cuento que la tisis les consume el cuerpo y el alma antes que renunciar a la inmunidad que les impide comer.

¿Qué cuadro más terrible ofrecerá en la otra vida el Pan del cielo pre-

sentándose ante los hambrientos condenados para contestar eternamente a sus devoradoras ansias: «Es tarde; no quisisteis comer sin entender, hoy es imposible que comáis porque entendéis demasiado».

Adolfo Clavara y Garriz.

LA CELEBRIDAD

—La celebridad la dan las armas
La dan las letras.

—La da el dinero.

—Un cristiano: Esas celebridades mueren.

—Como muere todo lo humano

—Son flores de una primavera, que el verano agosta.

—Son hojas secas que el cierzo del ovido arrastra.

—El cristiano: Hay una celebridad que no muere, que es flor que nunca se marchita; hojas que viven siempre en plena lozanía.

—¿Cuál?

—El cristiano: La de la santidad ¿Amais la celebridad? ¡Sed santos!

Napoleón I., el gran emperador, pasaba con sus generales ante una estatua de S. Francisco de Asís. Detúvose ante la imagen, se descubrió y le hizo una profunda reverencia.

Preguntóle uno de sus generales por qué, él, cubierto de tantos laureles y de tan glorioso renombre, se descubría ante la estatua de un fraile y le reverenciaba y contestó:

—Porque sin armas ni cañones ejerció en el mundo más imperio que yo; dominó un ejército más numeroso que el mío; y hoy después de varios siglos aun domina y es celebrado y se cantan sus glorias ¿Quién se acordará de Napoleón y mucho menos quién le reverenciará dentro de cinco siglos?

En efecto: la primavera de Napoleón pasó; las flores de sus glorias van perdiendo la fragancia, y sin embargo aún continúa el santo fraile en la primavera de su fama... Y como este santo, todos los santos.

L. Almarcha

Quando haya leído este periódico, no lo tire ni lo rompa: délo a leer.

Dios, de males saca bienes

La enfermedad es en la vida frecuentemente la hora de las grandes misericordias, porque es la hora de las grandes revelaciones. Amargos desencantos hacen caer el velo hipócrita de amistad con que se encubren ciertas personas en los días de prospera fortuna; desde el lecho del sufrimiento el mundo con sus ilusiones, con sus mentiras, se ve y se conoce mejor; entramos en un recogimiento que quizá nos era muy necesario: la conciencia pasa a un estado de susceptibilidad, de delicadeza, que nos muestra los defectos del alma tales como son en sí y no como los finge el interés, el amor propio y la pasión egoísta; echamos sobre el pasado una mirada que puede sernos muy salubre. Aún en los días de retiro este nuestro pasado no lo vemos sino tras de cierta tiniebla, como entre sombras: entonces vemos con toda claridad.

Bendito sea Dios que hasta de las enfermedades saca nuestro bien.

DOÑA FORTUNA Y DON DINERO

Pues, señores, vengamos al caso: era este que vivían enamorados doña Fortuna y don Dinero, de manera que no se veía el uno sin el otro. Tras de la sogá anda el caldero; así sucedió que la gente dió en murmurar, por lo que determinaron casarse.

Era don Dinero un gordete rechonchón con la cabeza redonda de oro del Perú, una barriga de platá de Méjico, unas piernas de cobre de Segovia, y unas zapatas de papel de la gran fábrica de Madrid.

Doña Fortuna era una lecona, sin fe, sin ley, muy raspagosa, muy rata, y más ciega que un topo.

No bien se hubieron los novios comido el pan de la boda, que se pusieron de esquina; la mujer quería mandar; pero don Dinero, que es engreído y soberbio, no estaba por ese gusto.

Como ambos querían ser más y mejor, y ninguno quería ser menos, determinaron hacer la prueba de cuál de los dos tendría más poder.

—Mira,—le dijo la mujer al mari-

do.—¿ves abajo en el *chueco* de un olivo a aquel tan cabizbajo y mohino? Vamos a ver cuál de los dos, tu o yo, le hacemos mejor suerte.

Convino el marido; enderezaron hacia el olivo, y allí se acamparon, él raneando, ella de un salto.

El hombre; que era un desdichado que en la vida le había echado la vista encima ni al uno ni al otro, abrió los ojos tamaños como aceitunas cuando aquellos dos usías se le plantaron delante.

—¡Dios te guardel!—dijo don Dinero.

—Y a usía también,—contestó el pobre.

—¿No me conoces?

—No conozco a su mercé sino para servirlo.

—¿Nunca has visto mi cara?

—En la vida de Dios.

—Pues qué, ¿nada posees?

—Sí, señor, tengo seis hijos desnudos como cerrojos con gañotes, como calcetas viejas: pero en punto a bienes, no tengo más que un *coge y come* cuando lo hay.

—¿Y estás aquí aguardando algo?

—¡Yo aguardar! Como no sea la noche...

—¿Y por qué no trabajas?

—¡Tomal porque no hallo trabajo. ¡Tengo tan mala fortuna que todo me sale torcido como un cuerpo de cabra: desde que me casé, pareció que me había caído la helada, y soy la prosulta de la desdicha, señor! Ahí nos puso un amo a labrarle un pozo a estajo *aprometiéndonos* sendos doblones cuando se le diese rematado; pero antes no soltaba un maravedís *ansina* fué el trato.

—Y bien que lo sentenció el dueño, —dijo sentenciosamente su interlocutor,—pues dice el refrán: Dineros tomados, brazos quebrados. Sigue hombre.

—Nos pusimos a trabajar echando el alma; porque aquí donde su mercé me ve con esta facha ruin yo soy un hombre señor.

—¡Yal dijo don Dinero,—en eso estoy.,

—Es, señor— repuso el pobre,— que hay cuatro clases de hombres: hay hombres como son los *hombres*, hay hombreillos: hay monicacos y hay monicaquillos que no merecen ni el agua que beben. Pero como iba diciendo por mucho que cavamos, por más que ahondamos, ni una gota de agua hallamos. No parecía sino

que se habían secado los centros de la tierra; nada hallamos, señor, a la fin y a la postre, sino un zapatero de viejo.

—¡En las entrañas de la tierra!— exclamó don Dinero indignado de saber tan mal avecinado su palacio solariego.

—No, señor,—respondió el pobre,—no en las entrañas de la tierra, sino en la otra banda, en la tierra de gente.

—¿Qué gente, hombre?

—Las *antripulas*, señor.

—Quiero favorecerte, amigo,—dijo don Dinero metiendo al pobre pomposamente un duro en la mano.

Al pobre le pareció aquello un sueño, y echó a correr que volaba, que la alegría le puso alas a los pies: arribó derechito a una panadería y compró pan; pero cuando fué a sacar la moneda, no halló en el bolsillo sino un agujero, por el que se había salido el duro sin despedirse.

El pobre, desesperado, se puso a buscarlo; pero ¡qué había de hallar Cochino que es para el lobo, no hay San Antón que le guarde. Tras el duro perdió el tiempo, y tras el tiempo la paciencia, y se puso a echarle a su mala fortuna cada maldición que abría las carnes.

Doña Fortuna se tendía de risa; la cara de don Dinero se puso aún más amarilla de coraje; pero no tuvo más remedio que rascarse el bolsillo y darle al pobre una onza.

A este le entró un alegrón que le salía el corazón por los ojos. Esta vez no fué por pan, sino a una tienda en que mercó telas para echarles un riciencito de ropa encima. Pero cuando fué a pagar y entregó la onza, el mercader se puso por esos mundos diciendo que aquella era una mala moneda, que por lo tanto sería su dueño un monedero falso, y que lo iba a delatar a la justicia. El pobre, al oír esto se abochornó, y se le puso la cara tan encendida, que se podían tostar habas en ella; tocó de suela y fué a contarle a don Dinero lo que le pasaba, llorando por su cara abajo.

Al oírlo doña Fortuna se desternillaba de risa, y don Dinero se le iba subiéndola mostaza a las narices.

—Toma,—le dijo al pobre dándole dos mil reales;— mala fortuna tienes; pero yo te he de sacar adelante o he de poder poco.

El pobre se fué tan enajenado, que

no vió hasta que se dió de narices con ellos a unos ladrones que lo dejaron como su madre lo parió.

Doña Fortuna le hacía la mamola a su marido, y éste estaba más corrido que una mona.

Ahora me toca a mí,—le dijo,—y he mos de ver quién puede más, las faldas o los calzones.

Acercóse entonces al pobre, que se había tirado al suelo y se arrancaba los cabellos, y sopló sobre él. Al punto se halló éste debajo de la mano el duro que se le había perdido.

—Algo es algo,—dijo para sí;—vamos a comprarles pan a mis hijos, que andan a medio sueldo, y tendrán los estómagos más limpios que una *paterna*.

Al pasar frente de la tienda en la que había mercado la ropa, lo llamó el mercader y le dijo que le había de disimular lo que había hecho con él; que se figuró que la onza era mala, pero que habiendo acertado a entrar allá el contraste, le había asegurado que la onza era buenísima y tan cabal en el peso, que más bien le sobraba que le faltaba; que allí la tenía, y además toda la ropa que le había apartado, que le daba en cambio de lo que había hecho con él.

El pobre se dió por satisfecho, cargó con todo, y al pasar por la plaza, cate usted ahí que una partida de Napoleones de la Guardia civil traían presos a los ladrones que le habían robado, y enseguida el juez como Dios manda, le hizo restituir los dos mil reales, sin costas ni mermas. Puso el pobre este dinero con un compadre suyo en una mina, y no bien habían ahondado tres varas, cuando hallaron un filón de oro, otro de plata, otro de plomo y otro de hierro. A poco le dijeron don, luego usía y luego *excelencia*.

Desde entonces tiene doña Fortuna a su marido amilanado y metido en un zapato, y ella más casquivana, más desatinada que nunca. Sigue repartiendo sus favores sin ton ni son, al buen tun tun, a tontas y locas, a ojo de buen cubero, a la buena de Dios, a cara y cruz, a manera de palo de ciego, y alguno alcanzará el narrador si no le agrada el cuento al lector.

Fernán CABALLERO

El dinero no da la felicidad; ésta se encuentra en Dios.

Procesión del Corpus

La ceremonia característica del día del *Corpus* y la que le da esa fisonomía simpática y especial es la Procesión, o sea la glorificación pública y paseo triunfal de Jesucristo por nuestras calles y plazas. Rodeado de fieles, como un padre de sus hijos, entre oleadas de un pueblo a quien todavía entusiasman las alegrías católicas más que las mundanas, pisando olorosas alfombras de flores, decoradas las casas con vistosas colgaduras, embalsamando el ambiente con nubes de incienso entre los acordes de los instrumentos, el canto severo de los himnos eclesiásticos y el repique gozoso de las campanas, bajo el airoso desfil de raso y oro, que, como movible tienda de campaña, cobija la Santa Custodia, pasea hoy nuestro dulcísimo Señor Sacramentado y recibe los homenajes y la adoración de un pueblo lleno de fe, que henchido de entusiasmo, le proclama en esta solemnidad como a su Dios, a su Rey y a su Señor.—*Christum Regem aderemus dominántem géntibus.*

¿Cuál ha de ser, pues, hoy el lugar y el puesto de honor de todo buen católico? No la acera ni el balcón, como por desgracia, lo van siendo, sino las filas de la Procesión. Acompañe a Jesucristo, forme su cortejo de honor y entone en coro, con los ángeles del cielo, aquellos hermosos himnos de la Iglesia.

Tesoro de contento

¿Quieres no entristecerte nunca? Pon tu esperanza en Dios. Exponle tu aficción y pídele consuelo. Sométele a sus decretos. Abandónate a su providencia. Confórmate con su voluntad. En seguida hallarás lo que deseas.

Graba en tu ánimo las palabras de Sta. Teresa:

Nada te turbe,
Nada te espante:
Todo se pasa;
Dios no se muda.

La paciencia
Todo lo alcanza.
Quien a Dios tiene
Nada le falta:
Solo Dios basta.

Echa de ti el pecado. Este contrista a los condenados: éste los atormenta con suplicios infinitos. Si no tuviesen pecado, no estarían tristes. ¿Qué alegría puede tener quien arroja a Dios del corazón?

ROMA

Roma es hoy como la casa puesta en la cima más alta de los montes, que todos los vientos la sacuden, todos los ojos la miran, todas las lenguas la saludan, y todos los hombres la señalan. La historia de Europa, es la historia de la civilización; la historia de la civilización, es la historia del Cristianismo; la historia del Cristianismo, es la historia de la Iglesia católica, del Pontificado, es la historia de aquellos hombres enviados por Dios para resolver, en su día y en su hora, los grandes problemas religiosos y sociales, en provecho de la humanidad y en el sentido de sus designios y de su Providencia... Cumple a los hombres de buena voluntad, derramados por la tierra, agruparse alrededor del varón justo y santo, que ha recibido del cielo el encargo providencial de mostrar las maravillas de la libertad católica a las gentes.... Nuestro deber es combatir a su lado, sin contar los enemigos: solo a Dios toca después repartir con mano justiciera el vencimiento y la victoria.

LA ORACION

El Abate Gaume dice que el derecho natural exige que de tiempo en tiempo honremos a Dios con actos de religión y que le pidamos su apoyo.

Tan arraigado se halla—dice—este deber en la naturaleza humana, que no existe nación, por bárbara que sea, que no lo reconozca y no lo cumpla; desde que el mundo existe, la oración se ha elevado hacia el cielo desde todos los puntos del globo: los judíos oraron, los cristianos oraron, los paganos oraron, los mahometanos,

metanos, los mismos salvajes, oran, oran todavía y mucho.

«A los ojos de los mismos bárbaros el que se dispensa de esta ley se coloca entre los brutos estúpidos. «Perro cristiano», repetía cada día un beduino a un oficial francés, su prisionero.

«Una mañana el oficial, ofendido por verse apostrofado de tal suerte por un bárbaro, le dijo encolerizado: «¿Por qué me llamas perro? Soy tu prisionero, es verdad, pero soy un hombre como tú y más que tú.»

«¿Tú un hombre?—contestóle friamente el árabe—no, eres un perro. Seis meses hace que eres mi prisionero; jamás te he visto orar, ¡y no quieres que te llame perro!»

OBRAS

DE
D. Adolfo Clavara

edición completa
nuevamente ilustrada

Van publicados 9 tomos.
Saldrán unos 12.

Estas obras impresas en tomos de 200 páginas cada uno, en papel Vergé, tamaño 8.º prolongado, con bonitos y elegantes tipos, magníficos grabados y el retrato del autor, se hallan de venta en las principales librerías al precio de 1'75 pesetas el tomo, franco de porte en toda España.

No se responde de los paquetes no certificados—A los señores libreros, condiciones especiales.

La Lectura Popular

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa presentándose bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

PRECIO DE SUSCRIPCION DIRECTA

Una acción...	4 pesetas mensuales
Media id...	2 »
Un cuarto id...	1 »
Un octavo id...	0 50 »

Por medio de correspondencia 25 céntimo más por acción mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia a D. Diego Castaño administrador de LA LECTURA POPULAR, Bellot 3, Orihuela (Alicante). Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de *La Semana Católica* Calle de Zorrilla 4, duplicado.

Imp. de La L. Popular.—Orihuela.